

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

1. FRAY LORENZO. ANTON.
2. ROMEO. LUIS FERNANDO.
3. NODRIZA. PALOMA HINOJOSA.

Escena III

(La celda de Fray Lorenzo. Entran FRAY LORENZO y ROMEO.)

FRAY LORENZO. Adelante, Romeo; avanza, hombre tímido. La inquietud se ha adherido con pasión a tu ser y has tomado por esposa a la calamidad.

ROMEO. ¿Qué hay de nuevo, padre mío? ¿Cuál es la resolución del príncipe? ¿Qué nuevo, desconocido infortunio anhela estrechar lazos conmigo?

FRAY LORENZO. Hijo amado, hartado habituado estás a esta triste compañía. Voy a noticiarte el fallo del príncipe.

ROMEO. ¿Cuál menos que un Juicio Final es su final sentencia?

FRAY LORENZO. Un fallo menos riguroso ha salido de sus labios; no el de muerte corporal, sí el destierro de la persona.

ROMEO. ¡Ah! ¿El destierro? Ten piedad, di la muerte. La proscripción es de faz más terrible, mucho más terrible que la muerte: no pronuncies esa palabra.

FRAY LORENZO. De aquí, de Verona, estás desterrado. No te impacientes; pues el mundo es grande y extenso.

ROMEO. Fuera del recinto de Verona, el mundo no existe; sólo el purgatorio, la tortura, el propio infierno. Desterrado de aquí, lo estoy de la tierra, y el destierro terrestre es la eternidad. Sí, la proscripción es la muerte con un nombre supuesto: llamar a ésta destierro, es cortarme la cabeza con un hacha de oro y sonreír al golpe que me asesina.

FRAY LORENZO. ¡Oh grave pecado! ¡Oh feroz ingratitud! Por tu falta pedían la muerte las leyes de Verona; pero el bondadoso príncipe, interesándose por ti, echa a un lado lo prescrito y cambia el funesto *muerte* en la palabra *destierro*: ésta es una insigne merced y tú no la reconoces.

ROMEO. Es un suplicio, no una gracia. El paraíso está aquí, donde vive Julieta: los gatos, los perros, el menor ratoncillo, el más ruin insecto, habitando este edén, podrá contemplarla; pero Romeo no. -Más importancia que él, más digna representación, más privanza, disfrutarán las moscas, huéspedes de la podredumbre. Ellas podrán tocar las blancas, las admirables manos de la amada Julieta y hurtar una celeste dicha de esos labios que, aun respirando pura y virginal modestia, se ruborizan de continuo, tomando a falta los besos que ellos mismos se dan ¡Ah! Romeo no lo puedo; está desterrado. Las moscas pueden tocar esa ventura, que a mí me toca huir. Ellas son entes libres, yo un ente proscrito. ¿Y dirás aún que no es la muerte el destierro? ¿No tenías, para matarme, alguna venenosa mistura, un puñal aguzado, un rápido medio de destrucción, siempre, en suma, menos vil que el destierro? ¡Desterrado! ¡Oh, padre! Los condenados pronuncian esa palabra en el infierno en medio de aullidos. ¿Cómo tienes el corazón, tú, un sacerdote, un santo confesor, uno que absuelve faltas y es mi patente amigo, de triturarme con esa voz *desterrado*?

FRAY LORENZO. ¡Eh! Amante insensato, escúchame solamente una palabra

ROMEO. ¡Oh! ¿Vas a hablarme aún de destierro?

FRAY LORENZO. Voy a darte una armadura para que esa voz no te ofenda. La filosofía, dulce bálsamo de la adversidad, que te consolará aun en medio de tu extrañamiento.

ROMEO. ¿Extrañamiento otra vez? -¡En percha la filosofía! Si no puede crear una Julieta, trasponer una ciudad, revocar el fallo de un príncipe, para nada sirve; ningún poder tiene; no hables más de ella.

FRAY LORENZO. ¡Oh! Esto me prueba que los insensatos no tienen oídos.

ROMEO. ¿Cómo habrían de tenerlos, cuando los cuerdos carecen de ojos?

FRAY LORENZO. Discutamos, si lo permites, sobre tu situación.

ROMEO. Tú no puedes hablar de lo que no sientes. Si fueras tan joven como yo, el amante de Julieta, casado de hace una hora, el matador de Tebaldo; si estuvieses loco de amor como yo, y como yo desterrado, entonces podrías hacerlo, entonces, arrancarte los cabellos y arrojarte al suelo, como lo hago en este instante, para tomar la medida de una fosa que aún está por cavar.

(Tocan dentro.)

FRAY LORENZO. Alza, alguien llama; ocúltate, buen Romeo.

ROMEO. ¿Yo? No, a menos que el vapor de los penosos ayes del alma, en forma de niebla, no me guarezca de los ojos que me buscan

(Dan golpes.)

FRAY LORENZO. ¡Escucha cómo llaman! -¿Quién está ahí? -Alza, Romeo, vas a ser preso. -Aguardad un instante. -En pie, huye a mí gabinete. -*(Llaman de nuevo.)* Ahora mismo. -¡Justo Dios! ¿Qué obstinación es ésta? -Allá voy, allá voy. *(Continúan los golpes.)* ¿Quién llama tan recio? ¿De parte de quién venís? ¿Qué queréis?

NODRIZA *(desde dentro.)* Dejadme entrar y sabréis mi mensaje. La señora Julieta es quien me envía.

FRAY LORENZO (*abriendo.*) Bienvenida entonces.

(*Entra la NODRIZA.*)

NODRIZA. ¡Oh! Bendito padre, ¡oh! decidme, bendito padre, ¿dónde está el marido de mi señora, dónde, está Romeo?

FRAY LORENZO. Helo ahí, en el suelo, ebrio de sus propias lágrimas.

NODRIZA. ¡En igual estado que mi señora, en el mismo, sin diferencia!

FRAY LORENZO. ¡Oh! ¡Funesta simpatía, deplorable semejanza!

NODRIZA. Así cabalmente yace ella, gimiendo y llorando, llorando y gimiendo. -Arriba, arriba si sois hombre; alzá. En bien de Julieta, por su amor, en pie y firme. ¿Por qué caer en tan profundo abatimiento?

ROMEO. ¡Nodriza!

NODRIZA. ¡Ah, señor! ¡Señor! Sí, la muerte lo acaba todo.

ROMEO. ¿Hablas de Julieta? ¿En qué estado se encuentra? Después que he manchado de sangre la infancia de nuestra dicha, de una sangre que tan de cerca participa de la suya, ¿no me juzga un consumado asesino? ¿Dónde está? ¿Cómo se halla? ¿Qué dice mi secreta esposa de nuestra amorosa miseria?

NODRIZA. ¡Ah! Nada dice, señor, llora y llora, eso sí. Ya cae sobre su lecho, ya se levanta sobresaltad, llamando a Tebaldo, ¡Romeo!, grita enseguida; y enseguida cae en la cama otra vez.

ROMEO. Cual si ese nombre fuese el disparo de un arma mortífera que la matase, como mató a su primo la maldita mano del que le lleva. -¡Oh! dime, religioso, dime en qué vil parte de este cuerpo reside mi nombre, dímelo, para que pueda arrasarse la odiosa morada.

(*Tirando de su espada.*)

FRAY LORENZO. Detén la airada mano. ¿Eres hombre? Tu figura lo pregona, mas tus lágrimas son de mujer y tus salvajes acciones manifiestan la ciega rabia de una fiera. ¡Bastarda hembra de varonil aspecto! ¡Deforme monstruo de doble semejanza! Me has dejado atónito. Por mí santa orden,

creía mejor templada tu alma. ¡Has matado a Tebaldo! ¿Quieres ahora acabar con tu vida? ¿Dar también muerte a tu amada, que respira en tu aliento, haciéndote propia víctima de un odio maldito? ¿Por qué injurias a la naturaleza, al cielo y a la tierra? Naturaleza, tierra y cielo, los tres a un tiempo te dieron vida; y a un tiempo quieres renunciar a los tres. ¡Quita allá, quita allá! Haces injuria a tu presencia, a tu amor, a tu entendimiento: con dones de sobra, verdadero judío, no te sirves de ninguno para el fin, ciertamente provechoso, que habría de dar realce a tu exterior, a tus sentimientos, a tu inteligencia. Tu noble configuración es tan sólo un cuño de cera, desprovisto de viril energía; tu caro juramento de amor, un negro perjurio únicamente, que mata la fidelidad que hiciste voto de mantener; tu inteligencia, este ornato de la belleza y del amor, contrariedad al servirles de guía, prende fuego por tu misma torpeza, como la pólvora en el frasco de un soldado novel, y te hace pedazos en vez de ser tu defensa. ¡Vamos, hombre, levántate! Tu Julieta vive, tu Julieta, por cuyo caro amor yacías inanimado hace poco. Esto es una dicha. Tebaldo quería darte la muerte y tú se la has dado a él; en esto eres también dichoso. La ley, que te amenaza con pena capital, vuelta tu amiga, ha cambiado aquélla en destierro: otra dicha tienes aquí] Un mar de bendiciones llueve sobre tu cabeza, la felicidad, luciendo sus mejores galas, te acaricia; pero tú, como una joven obstinada y perversa, te muestras enfadada con tu fortuna y con tu amor. Ten cuidado, ten cuidado; pues las que son así, mueren miserables. Ea, ve a reunirse con tu amante, según lo convenido; sube a su aposento, ve a darle consuelo. Eso sí, sal antes que sea de día, pues ya claro, no podrás trasladarte a Mantua, [donde debes permanecer hasta que podamos hallar la ocasión de publicar tu matrimonio, reconciliar a tus deudos, alcanzar el perdón del príncipe y hacerte volver con cien mil veces más dicha que lamentos das al partir. Adelántate, nodriza: saluda en mi nombre a tu señora, dila que precise a los del castillo, ya por los crueles pesares dispuestos al descanso, a que se recojan. Romeo va de seguida.

NODRIZA. ¡Oh Dios! Me habría quedado aquí toda la noche para oír saludables consejos. ¡Ah, lo que es la ciencia! -Digno hidalgo, voy a anunciar a la señora vuestra visita.

ROMEO. Sí, y di a mi bien que se prepare a reñirme.

NODRIZA. Tomad, señor, este anillo que me encargó entregaros. Daos prisa, no tardéis; pues se hace muy tarde.

(Vase la NODRIZA.)

ROMEO. ¡Cuánto este don reanima mi espíritu!

FRAY LORENZO. ¡Partid; feliz noche! Dejad a Verona antes que sea de día, o al romper el alba salid disfrazado. Toda vuestra fortuna depende de esto. Permaneced en Mantua; yo me veré con vuestro criado, quien de tiempo en tiempo os comunicará todo lo que aquí ocurra de favorable para vos. Venga la mano; es tarde. ¡Adiós, feliz noche!

ROMEO. Si una alegría superior a toda alegría no me llamara a otra parte, sería para mí un gran pesar separarme de ti tan pronto. Adiós.

(Vase.)